

ESTUDIOS

Efectos fundamentales del psicodrama aplicado a la televisión (II)

JESUS GARCIA JIMENEZ

Director de programas culturales de TVE

Una de las conclusiones más terminantes y fecundas que debemos a las investigaciones de J. L. Moreno, brillante y original personalidad contemporánea en el campo de la sociometría y de la psicoterapia de grupo, ha sido sin duda la afirmación de que uno de los males endémicos que aquejan a nuestra «cultura de masas» ha sido la muerte de la espontaneidad en el acto creador humano.

Haría falta radicalizar numerosas tendencias que afectan a nuestro estilo cultural en el siglo XVIII, momento histórico en el que se produce un interesante conflicto. La ilustración de los filósofos, siguiendo doctrinas de Lessing y Sonnenfels especialmente, trajo, como consecuencia, la disección de los últimos brotes del espíritu popular de improvisación. Era una nueva manifestación de esa que se ha llamado modernamente «recurrencia histórica» de los fenómenos culturales. El proceso se había cumplido ya, sin embargo, con muchos siglos de anterioridad, cuando las obras dionisiacas, absolutamente improvisadas por el pueblo en Grecia y en la India sobre todo, habían acabado en el engolamiento y la presunción de un teatro dogmático.

Pero la sentencia de muerte de la cultura, entendida como tenso y permanente espíritu de creación espontánea, se firma en el momento en que la cultura de clérigos, erigida ya en contrapunto dialéctico con la cultura de campesinos, es utilizada y monopolizada en Europa por la facción liberal de la burguesía. El término de «cultura» es sustituido por el de «instrucción»; es decir: la cultura comienza a ser un producto acabado, o como ha dicho Moreno, un «producto de

conserva». Ya es posible entender a la cultura como un pan que se reparte entre el pueblo, como una noticia que se difunde o como una bendición que se imparte. Ha muerto la cultura porque se la ha constituido en víctima propiciatoria de una estratificación social, cuyas consecuencias todavía estamos pagando bien caras.

La reacción arcaizante de los regionalistas, la reacción ingenuamente optimista de la universidad y la actitud revolucionaria se une al profundo cambio operado en el orden social (dos guerras mundiales, progresos en antropología, teorías de la relatividad, descubrimiento del subconsciente, progresos de orden técnico, etc.) resolviendo en parte la crisis con la aceptación de la relatividad histórica de la cultura. Pero esta convicción no ha pasado más allá de los ensayos acerca del nuevo humanismo.

Las expresiones «vulgarización», «popularización», «difusión» de la cultura no tienen sentido ya en un momento histórico que deberá aceptar indefectiblemente el declive de formas periclitadas e inoperantes por parte de un tipo de cultura que se muestra minoritario, individualista, abstracto, interesado, utilitario, arbitrario y proclive a las contraposiciones fáciles. La democracia liberal, la experimentación científica y el industrialismo nos han sumido en nuevas formas de vida que reclaman una cultura colectiva, comunitaria, concreta, desinteresada, estética, pluralista, universal, generosa y capaz de hacer compatible su naturaleza con múltiples matizaciones accidentales, sobre esquemas no dialécticos. En una palabra: es para mí el verdadero concepto de cultura popular.

La razón por la que considero fecunda la aportación de Moreno, con su teoría del psicodrama, es precisamente el entender que la nota específica de la cultura popular con respecto a la cultura tradicional de los tres últimos siglos es precisamente su interna y natural posibilidad de recuperar la espontaneidad del acto creador humano, que es justamente el objetivo fundamental y directo del psicodrama.

La televisión representa en el campo de la comunicación humana el último y más espectacular avance de la técnica. Sería esta, quizá, la técnica, el primero de los grandes enemigos que impiden la recuperación del acto creador. Pero conviene diferenciar desde el primer momento dos aspectos bien diferentes del hecho técnico, aplicado a la televisión.

A propósito de la natural interfunción del hombre y de la técnica en el futuro de la cultura, he llegado a hablar del mecanismo de la técnica. En efecto; por el hecho de serlo, toda técnica hace referencia a un sentido proyectivo de la existencia. Sólo así resulta posible la revelación de aspectos decisivos y grandiosos de la autenticidad humana: el afán de conquista, el sentido del riesgo, la voluntad de superación, la aceptación de la sorpresa, la inclinación entusiasta hacia lo desconocido, etc. El hombre ha radicalizado de buen grado sus posibilidades energéticas, hundiéndolas en la materia, precisamente porque el hecho técnico le permite gozar al mismo tiempo de la autoconciencia de una capacidad inventiva inagotable. Ya ven ustedes cómo nadie podría afirmar con razones, que el hecho técnico, en sí mismo, ofrezca resistencias para la recuperación del acto creador.

Este concepto proyectivo de la existencia, patente en el hecho técnico, evoca las condiciones naturales de una comunidad humana que vive el drama interior de la expectación mesiánica, entre la angustia y la esperanza. Nuestra sociedad tecnocrática proyectada hacia un futuro incierto, siente como un nuevo Israel la necesidad del advenimiento del «hombre», en el que ha cifrado la clave de su propia redención.

Si se me permite invocar analogías entre el mundo del pensamiento y el mundo de los fenómenos, yo diré que la televisión asume en el problema de la configuración del nuevo humanismo de la era tecnológica una radical responsabilidad, solamente comparable a la que tocó en suerte a la sofística, el recalentar con su hoguera gigantesca la frialdad del nihilismo presocrático, haciendo posible el humanismo clásico. Si la sofística supuso la llegada del hombre regenerando y dando sentido trascendente a una concepción atomística del «cosmos», la llegada de la televisión en la era de la técnica y en la sociedad de masas representa potencialmente la segunda venida. La sociología y, en general, todo el plexo de las ciencias semánticas se encuentran ya hoy en condiciones de poder afirmar si se ha producido en los dilatados siglos de la historia de la especie humana un hecho técnico, cuyas con-

secuencias previsibles, desde el punto de vista de la comunicación, sean comparables a las que cabe esperar de un ulterior perfeccionamiento de la técnica televisiva.

El radical efecto que la llegada de la nueva técnica está produciendo en el comportamiento del ser humano, considerado individual y socialmente, no afecta exclusivamente a los aspectos cuantitativos de la comunicación audiovisual. Yo diría que su efecto más fundamental y trascendente hace referencia a los aspectos cualitativos.

Considero importante y esperanzador el poder afirmar, en un encuentro internacional de expertos de televisión, que estos efectos a los que me vengo refiriendo se producen inexorablemente. Para bien o para mal.

El vertiginoso despliegue de la técnica no ha dejado excesivas opciones para la preparación adecuada del personal de televisión.

Podríamos afirmar que la técnica nos ha cogido desprevenidos. El mundo del pensamiento está sometido a un ritmo pendular, más profundo y permanente si se quiere, pero, desde luego, más lento que el mundo de los fenómenos inmediatos, elaborados a base de la experiencia. Los intelectuales tardaron veinte años en tomar clara conciencia de las consecuencias del fenómeno cinematográfico. Podríamos afirmar que en el caso de la televisión es ahora, prácticamente, de cinco años a esta parte, cuando se nota una creciente preocupación.

Para mí, una de las claves que explica esta especie de desfase entre la técnica y el hombre viene dada precisamente por la misma temática que ha inspirado a Moreno su teoría del psicodrama. En efecto, la televisión se ha visto forzada premiosamente a surtir de previas experiencias a los restantes medios de comunicación, afines, por su propia naturaleza, a sus propias peculiaridades: fundamentalmente, el cine y la radio, y más aquél que ésta.

Tengo la convicción, sin embargo, de que la televisión no nació para llevar el cine a domicilio (esto sería demasiado poco). La televisión nació para determinar un cambio fundamental en las comunicaciones, sobre la base de una omnipresencialidad humana de carácter estimativo. A juzgar por su independencia de la materia —el llamado «soporte» por la cibernética—, podríamos afirmar que la imagen televisada es una imagen natural, directa e inmediata, bien distinta de la imagen simbólica que utilizan los sistemas convencionales del lenguaje y de la expresión gráfica. La imagen simbólica revela un entendimiento de la realidad del ser que no puede sustraerse a factores externos a él, a pesar de ser al mismo tiempo la más radicada en contexto. La importancia de la imagen simbólica es de tal rango y de tal profundidad, que el hombre la ha aceptado como «documento» que hace fe histórica. Pero esta dignidad «documental» de la imagen cobra valor y riesgo en el caso de la que podríamos llamar imagen artificial o técnica (sería el caso de la fotografía o el film). El valor nace

del vínculo mismo que une al objeto con su representación icónica. En este caso, el vínculo es natural y necesario en su origen, aunque no en su interpretación. La imagen que hemos dado en llamar artificial o técnica, para distinguirla de la simbólica o convencional, no puede darnos sino un entendimiento del ser objetivado, parcial y mediato. El riesgo que añade la imagen técnica a la imagen convencional es el de confundir mayor «objetivación» con mayor «objetividad».

Se da, por fin, en la vinculación del objeto con su imagen, una máxima aproximación estimativa en el caso de que o bien el objeto está presente realmente, o su presencia es técnicamente reducible, engendrando en el sujeto no sólo la conciencia de ser destinatario de un mensaje o «engrama», sino objeto de una viva y testifical presencialidad. Este sería el caso de la imagen en un teleobjetivo o en un espejo. En la información suministrada por estas imágenes, más que de «documento», cabe hablar ya de «testimonio».

En la medida en que disminuye la objetivación de la materia o el soporte informativo, en esa misma medida, cobra nuevo interés su propia semántica y aumenta su objetividad.

Si—a juzgar por la independencia del soporte—la comunicación televisada en las retransmisiones en directo parece utilizar imágenes naturales, directas e inmediatas, sin embargo, entre el ser en sí mismo (en este caso, el suceso noticiable) y la imagen percibida por el telespectador media un largo proceso técnico.

Pero cabe, con todo, poner atención a los efectos psicológicos de la percepción en este tipo de imágenes. El sujeto destinatario de la comunicación toma clara conciencia de estar presente en el ritmo mismo del acontecer histórico. Esta presencialidad visual y estimativa es un fenómeno absolutamente original y propio de la técnica de la televisión, que la diferencia de cualquiera de los restantes medios de comunicación humana.

Estética y psicológicamente, la televisión químicamente pura aparece ligada al instante, como condición indispensable del acto creador humano.

«El descubrimiento del momento y de su relación con la técnica del acto creador—afirma Moreno en su obra *Psicodrama*—tuvo lugar en nuestra época como un paso tardío en la civilización humana. Un creador es como un corredor, para quien en el acto mismo de correr equivalen cualitativamente la parte del camino que ya ha pasado y la parte que todavía tiene ante sí. La primera propiedad del acto creador es la espontaneidad; la segunda, la sorpresa.»

La televisión estaba llamada, entre todas las técnicas de imagen, a redimir a éstas de las diversas inculpaciones de que han venido siendo objeto por parte de algunos sociólogos, historiadores y humanistas, en el sentido que la llegada de la imagen acarrearía la muerte inevitable de la cultura humanística tradicional, basada en la palabra hablada o escrita. Aduce esta opinión el error evidente de confundir a una cultura con su propia metodología.

Pero, en cualquier caso, la evolución de la técnica ha venido tornando a la televisión paulatinamente, infiel a su propia vocación.

La invención de las bandas magnéticas para el registro de imagen y sonido, al propio tiempo que ha provocado suspiros de alivio entre los productores y realizadores, ha consagrado un método de trabajo bien distante, por cierto, del cultivo de la espontaneidad.

La televisión se ha constituido con exceso en tributaria del teatro, el cine y las artes escénicas tradicionales. No es que de este modo no cumpla una relevante función cultural. Lo grave del problema es el riesgo proporcional de ir perdiendo, a trueque de este servicio a los monumentos y soportes tradicionales de la cultura, su propia fisonomía específica.

El psicodrama supone una revisión a fondo de las técnicas y contenidos de las artes escénicas tradicionales. De las técnicas, en cuanto que elimina la totalidad de los riesgos a que se hallaban sometidas las tendencias más progresistas desde el propio Stanislavski. Stanislavski era defensor partidario de las conservas dramáticas (el drama de Shakespeare, Racine, Molière y Chejov), pero vió al mismo tiempo la necesidad de liberar al actor de ciertos clisés, fomentando el actor creador mediante ciertas dosis de improvisación. El resultado fué, sin embargo, contraproducente, debido al hondo conflicto psicológico en el que los actores se vieron sumidos por la necesidad de trabajar sobre las dimensiones dialécticas: la del recuerdo y la del momento.

Yo me atrevería a afirmar que el terreno perdido en el campo de la creación y especificación de las formas expresivas originales de la televisión solamente será posible recuperarlo mediante una educación de la espontaneidad.

Estos dos conceptos—*educación y espontaneidad*—se muestran, inicialmente, a los esquemas mentales con los que habitualmente operamos como dos términos contradictorios. Rousseau es el responsable de que hayamos entendido a la espontaneidad como algo exclusivamente instintivo, que debe mantenerse intacto y dormido, sin interferencias de las técnicas de la razón.

Esta opinión persiste, a lo largo de todo el siglo XIX, devotamente custodiada por los líderes de la escuela romántica. Creo que es urgente seguir el proceso de revisión iniciado por Freud. La personalidad humana, veladamente responsabilizada en el mundo del subconsciente, no ha logrado en Freud las condiciones naturales para un cultivo ideal de la espontaneidad. El psicodrama sitúa al hombre, en expresión de Moreno, *in statu nascendi*, completando el proceso iniciado por su maestro. La educación de la espontaneidad, tal como la entiende Moreno, conduce a una forma de aprendizaje que se propone una mayor unidad y energía de la personalidad que las conseguidas hasta hoy por otros métodos educativos. La diferencia que media entre ambos es que en éste el objetivo primario no es el aprendi-

zaje de contenidos, sino el adiestramiento en estados espontáneos.

Llegamos con esto a dos efectos fundamentales aplicados a la televisión: el hallazgo de su fisonomía expresiva y el hallazgo de su metodología cultural.

Supuesta como condición indispensable del quehacer televisivo, la imagen al servicio de la espontaneidad humana abre nuevas y ricas perspectivas profesionales. Moreno, preocupado con exceso por los problemas de la psicoterapia de grupo, muestra una visión parcial, excesivamente técnica y exenta de toda otra profesionalidad que no sea la suya, al tratar de aplicar la televisión a sus experiencias de psicodrama.

A mi modo de ver, la aplicación debe ser inversa. Un estudio a fondo del problema podría arrojar conclusiones esclarecedoras con vistas a la formulación y desarrollo de una docena de *tests* proyectivos, de extraordinaria utilidad en los cursillos de formación de productores y realizadores de televisión.

Por lo que toca a su metodología cultural, la televisión, capaz de fundar una «cultura» de «analfabetos», debe comprender que el advenimiento de una verdadera cultura en nuestra sociedad de masas no puede, en manera alguna, desentenderse de la metodología del cambio cultural.

Esta incluye como factores básicos: la necesidad de una verdadera promoción; el cambio cultural implica un compromiso humano y una respuesta en bloque de la sociedad; una metodología válida reclama apertura a la sincretización (es decir, no puede aceptarse el prejuicio como método); la nueva cultura no podrá abjurar de ninguno de los valores culturales, porque no es aceptable ni admisible que los auténticos valores pierdan su vigencia; el cambio exige una tensión permanente y continua; el espíritu humano está llamado a tomar posiciones ante cada uno de los cambios de nuestra era tecnocrática para incorporarlos al «nomos» vital de la cultura.

«Un aspecto de nuestra educación está concebido como si hubiera en nuestra vida, lo mismo que en un escenario, un número determinado de papeles y de símbolos en un número determinado de estructuras situacionales», ha dicho Moreno. Pero la vida es fluidez, y si la vida es fluidez, las técnicas de la vida tienen que ser las técnicas de la espontaneidad.

En esta encrucijada, como signo de contradicción, y de cara a la posibilidad de un nuevo humanismo, la televisión aguarda la respuesta que nosotros, profesionales de la nueva técnica, seamos capaces de arbitrar para nuestra sociedad del futuro.

(Continuará.)

Educación cívica

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

*Doctor en Filosofía y Letras,
bibliotecario,*

director de la Casa de la Cultura de Soria

Con otros temas de los que me vengo ocupando en esta revista —aspecto social de la lectura, educación del ocio, educación de adultos, etc.— se relaciona estrechamente el que hoy da título a estas páginas.

Por otra parte, la complicación creciente de las obligaciones ciudadanas y su repercusión en la vida individual y social del hombre hacen imprescindible el planteamiento de la urgente necesidad de una educación cívica más extensa e intensa.

CULTURA Y EDUCACION

Por muy conocidos o repetidos que se nos aparezcan, conviene precisar una vez más, y siquiera sea brevemente—los conceptos *cultura* y *educación*.

Mientras la naturaleza es aquello que existe sin que el hombre lo transforme o lo modifique, la cultura es, en su más amplio sentido, cuanto el hombre hace, conforma o crea. La existencia humana—desde los tiempos más remotos—su-